

IV

COURFEYRAC TRATA DE CONSOLAR Á LA VIUDA
HUCHELOUP

Bahorel, entusiasmado al ver la barricada, exclamaba:

—¡Ya está la calle cortada! ¡Qué bien está!

Courfeyrac, al mismo tiempo que demolía la taberna, trataba de consolar á la viuda tabernera.

—Tía Hucheloup, ¿no os quejábais el otro día de que os habían llamado á juicio y declarado delincuente porque Gibelote había sacudido una manta por la ventana?

—Sí, mi buen señor Courfeyrac. ¡Ah, Dios mío! ¿Vais á poner también esa mesa en la barricada? Y no sólo por la manta, sino también por un tiesto que se cayó desde la buhardilla á la calle, el gobierno me ha sacado cien francos de multa. ¿No es una picardía?

—Pues bien, tía Hucheloup, nosotros os vengaremos.

La tía Hucheloup, al parecer, no comprendía muy bien todo el beneficio de esta reparación.

Quedaba satisfecha á la manera de aquella mujer árabe que, habiendo recibido un bofetón de su marido, fué á ver á su padre pidiendo venganza, y diciendo:—Padre, debes á mi marido afrenta por afren-

ta. El padre preguntó:—¿En qué mejilla te ha dado el bofetón?—En la izquierda. El padre le dió un bofetón en la derecha y dijo:—Ya estás satisfecha. Ve á decir á tu marido, que si él ha abofeteado á mi hija, yo he abofeteado á su mujer.

La lluvia había cesado. Iban llegando reclutas: los obreros habían llevado bajo las blusas un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos ó tres hachas de viento, un canasto lleno de lamparillas, «restos de la fiesta del rey», que se había celebrado el 1.º de mayo. Se decía que enviaba estas municiones un droguero del arrabal de San Antonio, llamado Pepin. Se rompía el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio y todas las demás de las calles próximas de Mondétour, del Cisne, de Predicadores y de la Grande y Pequeña Truanderie.

Enjolras, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo. Mientras tanto se construían otras dos barricadas, que se apoyaban en la misma casa de Corinto, formando ángulo recto; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie y la otra la de Mondétour, por el lado de la calle del Cisne; esta última barricada, muy estrecha, estaba construída sólo con toneles y guijarros. Había allí unos cincuenta trabajadores; una treintena de ellos con fusiles, porque al pasar habían saqueado la tienda de un armero.

Nada más extraño y abigarrado que aquella tropa.

Uno tenía levita, un sable de caballería y dos pistolas de arzón; otro estaba en mangas de camisa, con sombrero redondo y una bolsa de pólvora colgada al lado; un tercero estaba cubierto de un peto hecho con nueve hojas de papel y armado con una aguja de enjalmar. Había uno que gritaba: *¡Exterminemos hasta el último y muramos en la punta de nuestra bayoneta!* El que decía esto no tenía bayo-

neta. Otro mostraba encima de su levita unas correas y una cartuchera de guardia nacional, con la funda adornada con esta inscripción de lana roja: *Orden público*. Portafusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, algunas picas; todas las edades, todas las fisonomías, jovencillos pálidos, obreros ennegrecidos.

Todos se apresuraban y, al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles;—que se recibirían socorros á las tres de la mañana;—que se contaba seguramente con un regimiento;—que París se levantaría. Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de cordial alegría. Parecían hermanos y ninguno sabía el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar á los desconocidos.

En la cocina se había encendido lumbre, y se fundían en un balinero, medidas, cucharas, tenedores, toda la vajilla de estaño de la taberna: al mismo tiempo se bebía. Los pistones y las postas andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino. En la sala del billar, la señora Hucheloup, Matelote y Gibelote, diversamente afectadas por el terror, una atontada, otra sofocada y otra excitada, rompían rodillas viejas y hacían hilas; tres insurgentes las ayudaban, tres jóvenes cabelludos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con dedos de lenceros y les hacían temblar.

El hombre de alta estatura que había llamado la atención de Courfeyrac, Combeferre y Enjolras, en el instante en que se unía al grupo en la esquina de la calle de Billettes, trabajaba en la pequeña barricada y era útil: Gavroche trabajaba en la grande. En cuanto al joven que había esperado á Courfeyrac en su casa y le había preguntado por el señor Mario,

había desaparecido poco después del momento en que había sido detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado, se había encargado de todo. Iba, venía, subía, bajaba, metía ruido, brillaba: parecía que estaba allí para animar á todos. ¿Tenía algún agujón? Sí, ciertamente: su miseria. ¿Tenía alas? Sí, ciertamente: su alegría. Gavroche era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; llenaba todo el espacio, encontrándose en todas partes á la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerle: la enorme barricada sentía su acción. Molestaba á los transeuntes, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, alegraba á unos, esperanzaba á otros, encolerizaba á otros y ponía en movimiento á todos: pinchaba á un estudiante, mordía á un obrero; se paraba, volvía en seguida á su faena, volaba por cima del tumulto; saltaba de estos á aquellos, murmuraba, zumbaba y hostigaba á toda aquella multitud inmensa.

En sus pequeños brazos dominaba el movimiento perpetuo, y en sus pulmones el clamor perpetuo.

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más toneles! ¡Más maderos! ¿Dónde hay? Una mano de yeso para cubrir este agujero. Es muy pequeña esa barricada; es preciso que suba más. Ponedlo todo, metedlo todo, colocadlo todo. Demoled la casa. Una barricada es un magnífico te. Tomad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hizo exclamar á los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo?

—Los tubérculos sois vosotros,—respondió Gavroche.—Una puerta vidriera en una barricada es una cosa excelente: no impide el ataque, pero es un

obstáculo más para tomarla. ¿No habéis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascotes de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! El vidrio es muy traidor. ¡No tenéis imaginación libre, compañeros!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin pie de gato; iba de uno á otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¡Por qué no se me da un fusil!

—¡Un fusil á tí!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche.—¿Por qué no? ¡Tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolras alzó los hombros.

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los niños.

Gavroche se volvió altivamente y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cogeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolras.

—¡Blanquillo!—dijo Gavroche.

Un elegante extraviado que pasaba por el extremo de la calle cortó esta disputa.

Gavroche le gritó:

—¡Venid con nosotros, joven! ¿Pues qué, no se ha de hacer nada por esta vieja patria?

El elegante huyó.

V

LOS PREPARATIVOS

Los periódicos de aquel tiempo, que han dicho que la barricada de la calle de la Chanvrerie, aquella *construcción casi inexpugnable*, como la llamaban, llegaba al nivel del piso principal, se han equivocado. No pasaba de una altura de seis ó siete piés, por término medio. Estaba hecha de manera que los combatientes podían, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aún subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines superpuestos y colocados á guisa de escalera por el interior. Por fuera, el frente de la barricada, compuesto de pilas de adoquines y de toneles, sujetos por vigas y tablas, que se enchufaban en las ruedas del carro de Anceau y del ómnibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inextricable.

Una cortadura, suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba un espacio entre el extremo de la barricada más alejado de la taberna y las casas; de modo que era posible hacer una salida. La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja que flotaba sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondétour, oculta detrás